

UN REALISTA RADICAL¹

La época de la larga derrota en Vietnam vio proliferar en Estados Unidos una gran cantidad de obras acerca de la naturaleza y las fuentes de la política exterior del país. En la actualidad, la ofensiva del gobierno de Bush sobre el mundo islámico está fomentando la aparición de una segunda ola de estudios sobre estas mismas cuestiones. El nuevo libro de Christopher Layne, *The Peace of Illusions*, es un notable síntoma de este renovado interés por las raíces de la «estrategia general» estadounidense.

A primera vista, encontramos grandes diferencias entre los análisis de la década de 1960 y 1970, y los que obedecen al interés actual en la materia. Los análisis más incisivos de la época de Vietnam procedían de la izquierda, a menudo de la tradición marxista; encontramos así trabajos tales como *The Tragedy of American Diplomacy* [1959], de William Appleman Williams, o *The politics of war. The world and United States foreign policy, 1943-1945* [1968], de Gabriel Kolko. Aunque en aquel momento el trabajo de Kolko fue marginado y el de Williams vilipendiado como filocomunista, en especial este último ha tenido una profunda influencia en la historiografía posterior sobre la política exterior estadounidense. El editor de la en su día acartonada revista *Diplomatic History* llegó a escribir que el paradigma de la escuela de Williams para la comprensión de la historia de la política exterior estadounidense «constituye quizá la contribución más creativa a nuestro campo de estudio en el último siglo, así como la única en ofrecer una metanarrativa de la historia diplomática estadounidense».

Sin embargo, en la actualidad la mayor parte de los trabajos más interesantes en el campo de las Relaciones Internacionales proviene de la tradición realista, que en Europa se asocia a la política de la fuerza ejercida por los Estados del periodo de entreguerras, a pesar de las obras de E. H. Carr. Los fundadores del realismo estadounidense de posguerra, como George Kennan y Hans Morgenthau, estaban directamente relacionados con la primera tradición del pensamiento realista de la derecha europea, condensada en

¹ Christopher LAYNE, *The Peace of Illusions. American Grand Strategy from 1940 to the Present*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2006.

términos como *Machtpolitik*, *Weltpolitik* o *Geopolitik*. Morgenthau reconocía abiertamente su deuda hacia Carl Schmitt, mientras que Kennan estaba embebido en la tradición del conservadurismo alemán que tanto admiraba. Sin embargo, la tradición realista en la vida académica estadounidense presenta una evolución particular. Aunque se invita a los estudiantes de Relaciones Internacionales a entrar en el «gran debate» entre «realismo» y «liberalismo», en las discusiones de la vida política real en torno a la política exterior estadounidense los realistas tienden a ser más críticos, mientras que el llamado bando liberal ha sido conquistado por belicosos imperialistas.

En efecto, la forma actual del discurso realista fue modelada durante la época de la guerra de Vietnam: la primera generación de realistas estadounidenses, a pesar de ser conservadores, se oponía a una guerra que suponía una distracción respecto a la protección de los intereses estadounidenses vitales en materia de seguridad. La siguiente generación parte de este punto, y argumenta que el cometido de la estrategia general estadounidense debe ser garantizar la seguridad, así como la supervivencia del Estado estadounidense y de su población. Desde esta perspectiva, basta con echar una ojeada al mapa para comprobar que en los últimos cien años Estados Unidos ha sufrido escasos problemas de seguridad, si es que ha tenido alguno: ni desafíos de poder procedentes del hemisferio occidental, ni amenazas territoriales por parte de ningún otro Estado. La mirada crítica de estos realistas se afiló aún más con la caída del bloque soviético. Si bien muchos habían visto la expansión estadounidense hacia el continente euroasiático como una clásica estrategia contrahegemónica, necesaria para evitar el desafío de la Unión Soviética, el realismo tradicional no fue capaz de explicar por qué el colapso soviético no conllevó una disminución del poder estadounidense. Asimismo, el expansionismo puesto en marcha mediante las directrices de la política de defensa de George Bush padre, y llevado mucho más allá bajo los gobiernos de Clinton y de Bush hijo, tampoco ha sido aprobado por los realistas.

Como resultado, una parte de estos realistas críticos ha radicalizado su análisis; aunque, a diferencia de los intelectuales de la época de Vietnam, hoy en día los principales oponentes a la ortodoxia son figuras consagradas de los departamentos de Relaciones Internacionales de las universidades de elite: Stephen Walt de Harvard, John Mearsheimer de Chicago y Barry Posen del Massachusetts Institute of Technology (MIT). El trabajo del general Andrew Bacevich titulado *American Empire* fue paradigmático en este cambio de actitud. Bacevich rechaza el antiguo consenso realista sobre el hecho de que la ofensiva estadounidense en la Guerra Fría fuera una respuesta reactiva al poder soviético, así como un ejercicio de política de equilibrio de poder. En su lugar, reabrió la perspectiva asociada a los trabajos de estudiosos como Williams, reconsiderando la expansión estadounidense de la década de 1940 hacia el continente euroasiático como una ofensiva para lograr la hegemonía global y establecer su imperio. Walt y Mearsheimer están entre los críticos más feroces de las sanguinarias aventuras del actual gobierno de Bush en Oriente Próximo,

argumentando que lo que ha evitado que la política exterior estadounidense tomase un curso más racional ha sido el poder del grupo de presión israelí en Estados Unidos.

El libro de Christopher Layne *The Peace of Illusions* supone una importante contribución a esta corriente interpretativa. El propio Layne, un joven vinculado a The Bush School of Government, ligada a su vez a la Texas A & M University, es un liberal inconformista y ocasional votante republicano relacionado con el Cato Institute, una institución defensora del libre mercado, y autor de una serie de artículos, a menudo escritos en colaboración con Benjamin Schwarz, vinculado a la *Atlantic Monthly*, que defiende de manera convincente un repliegue a la estrategia de equilibrio de poder exterior y critica el cosmopolitismo liberal («¿Kant o Cant?»). El libro de Layne concluye, como veremos, superando los parámetros del realismo estadounidense convencional, pero sin dejar de estar profundamente arraigado en el lenguaje y los conceptos de una tradición que Layne se toma muy en serio, esperando lo mismo de sus lectores. Habrá quien encuentre agotadora su visita guiada a través de las idas y venidas de los debates en el seno de la escuela durante el último cuarto de siglo; sin embargo, aquellos con la resistencia suficiente como para seguirle a lo largo de ochenta páginas de excelentes notas, tras doscientas páginas de texto, obtendrán un excelente conocimiento sobre la evolución de esa amplia e influyente corriente de pensamiento sobre política internacional. Envueltos en la jerga del neorealismo frente al realismo neoclásico, del realismo ofensivo y defensivo, de las estrategias generales contrahegemónicas y de la teoría de la hegemonía extrarregional, discurren debates de importancia sobre asuntos del mundo real.

Layne dedica su libro a rescatar el realismo no sólo de la arremetida cultural posterior a 1990 que procede del liberalismo cosmopolita y del neoconservadurismo, sino también de las contradicciones intelectuales del «neorealismo» de Kenneth Waltz, que ha sido su expresión predominante desde la década de 1970. Waltz, que escribía cuando la teoría de sistemas estaba en lo más alto de su popularidad, concede una prioridad causal a la lógica del sistema interestatal al explicar la dinámica de la política internacional. Este sistema, afirma, está organizado anárquicamente, de modo que cada Estado está amenazado con su extinción por parte de otros Estados más poderosos y debe, por lo tanto, priorizar la seguridad externa para lograr su supervivencia. Esto, a su vez, les exige un análisis de la cambiante distribución de los recursos del poder, fundamentalmente de las capacidades militares, y una garantía de que pueden medirse con cualquier potencia del sistema que pueda representar una amenaza. Ningún Estado podrá nunca reemplazar la anarquía por la jerarquía interestatal, esto es, el imperio global, dado que la búsqueda de equilibrio por parte de otros Estados frustraría la tentativa. Waltz presentaba la Guerra Fría como un puro ejercicio de equilibrio de poder de este tipo. Esto permitió a los realistas afirmar que la estrategia general estadounidense durante la posguerra estuvo motivada por razones defensivas, para evitar que el bloque soviético extendiese su hegemonía por el continente euroasiático, con lo que conseguiría una concentración de poder que hu-

biera supuesto una amenaza mortal para Estados Unidos. Esta estrategia general estadounidense de «contrahegemonía» puede encajar en la noción más amplia de «equilibrio de poder exterior»: como potencia marítima, al igual que Gran Bretaña en el siglo XIX, Estados Unidos podía dedicarse a la negativa tarea de asegurar un equilibrio de poder en el continente euroasiático, procurando bloquear que cualquier otra potencia (por ejemplo, la URSS) estableciese una hegemonía continental.

La teoría de Waltz sobre la Guerra Fría presentaba todo tipo de problemas, dado que estaba históricamente mal documentada y presentaba un análisis incorrecto de la distribución del poder. Sin embargo, sirvió a los realistas para convertirse en figuras influyentes entre los intelectuales involucrados en la toma de decisiones políticas. Además, con la caída del bloque soviético en 1991, la teoría entró en crisis, al haber predicho que Washington, como potencia comprometida con el equilibrio de poder exterior, se vería obligada a retirarse de Europa, de Asia Oriental y de Oriente Próximo una vez desapareciese el contendiente soviético, cosa que, por supuesto, Estados Unidos no hizo. Mearsheimer, recogiendo el testigo de cabeza de la teoría realista, trató de defender que fue la inercia lo que hizo que Estados Unidos no se retirase. Sin embargo, tal como señala Layne, esta explicación es insuficiente, dado que la inercia difícilmente puede ser el término más adecuado para describir la intensa ofensiva expansiva de la OTAN liderada por los gobiernos de Bush padre y de Clinton, la remilitarización de la alianza entre Estados Unidos y Japón, o la decidida campaña del gobierno de Bush hijo, tanto en el Golfo como en Asia Central.

The Peace of Illusions es un sorprendente y ambicioso intento de superar la crisis del realismo estadounidense posterior a 1991. El punto de partida de Layne es que existe una importante excepción a la regla de Waltz que afirma que las políticas exteriores de los Estados están gobernadas por las amenazas contra la seguridad que se plantean en un sistema interestatal anárquico: dicha excepción es precisamente Estados Unidos, que al menos desde el siglo XIX no ha sufrido ninguna amenaza externa contra su supervivencia. Situado entre Estados débiles tanto al norte como al sur, densamente poblado y con una poderosa economía industrial protegida por un océano a cada lado (lo que Mearsheimer llama «el poder de detención del mar»), Estados Unidos fue el único país que pudo permitirse elegir su estrategia general. Por «elegir» Layne se refiere a que ha sido la política interior, y no tanto la necesidad defensiva de la que hablaba Waltz, lo que ha determinado la expansión estadounidense hacia el exterior; una hipótesis defendida hasta ahora por los llamados «liberales» en el ámbito de las relaciones internacionales, frente a los realistas.

Esta verdad apabullante encierra implicaciones de gran calado, cuyo corolario es que la estrategia general estadounidense hacia el continente euroasiático podría no haber tenido nada que ver con un ejercicio defensivo de búsqueda de equilibrio frente a las amenazas procedentes de esa área. Layne respalda este argumento con una sólida investigación de archivo y demues-

tra que la decisión de Wilson de intervenir en la Primera Guerra Mundial en 1917 no estuvo motivada ni por una preocupación por la seguridad ni por mantener el «equilibrio de poder exterior». Asimismo, plantea que el gobierno de Roosevelt tampoco estaba muy preocupado por el establecimiento de una cabeza de puente por parte de Alemania en América Latina entre 1940 y 1941: Alemania adolecía de la capacidad militar necesaria para preparar una amenaza de tal calibre debido no sólo al poder de detención del mar, sino también a la Armada estadounidense. Y si Estados Unidos se hubiera comprometido con una estrategia general de equilibrio de poder exterior hacia Europa a principios de la década de 1940, debería haberse involucrado de modo inmediato contra la ocupación nazi de Francia; sin embargo, como señala Layne, el gobierno de Roosevelt no hizo nada para evitar su caída. Este razonamiento puede llevarse aún más allá: de mayo a junio de 1940, en un momento en el que en Gran Bretaña existían grandes presiones para firmar la paz con Alemania promovida por Halifax, Washington no trató de evitarla; la única preocupación de Roosevelt era asegurar que la flota británica zarpase hacia Canadá en caso de capitulación. Los acuerdos económicos entre Gran Bretaña y Estados Unidos [*lend-lease*] no fueron la causa, sino el efecto de que el primero no firmase la paz con Alemania en 1940.

Por lo tanto, ¿cuál fue la elección estratégica de Estados Unidos en este crucial punto de inflexión del inicio de la década de 1940, si finalmente no se decantó por la opción del equilibrio de poder exterior? La respuesta de Layne no da lugar a equívocos: la estrategia estadounidense fue asegurar su hegemonía sobre las más importantes potencias industriales del continente euroasiático, una vez que la Segunda Guerra Mundial hubiera creado las condiciones para hacerlo. La Guerra Fría fue, así, un efecto de la elección por parte de Estados Unidos de explotar el caos en el continente euroasiático e iniciar una ofensiva hegemónica. Layne reconoce la fuerza de la teoría de Mearsheimer acerca de la importancia del agua y de manera más general de la geografía, aunque añade que debe ser matizada con la capacidad de proyección de poder de ciertos Estados en determinadas circunstancias históricas. Aunque ni Alemania ni Japón podían proyectar su poder sobre la masa continental estadounidense en la década de 1940, Estados Unidos pudo hacerlo en profundidad tanto en Europa como en Asia Oriental, explotando con éxito la oportunidad de subordinar a Alemania y a Japón a partir de entonces. Layne demuestra mediante fuentes de archivo que éste no fue un resultado accidental del conflicto, sino un objetivo bélico central de Estados Unidos, junto con la apropiación del papel hasta entonces desempeñado por Gran Bretaña como centro de la economía mundial.

Esta explicación no es del todo novedosa. Layne recurre al análisis de Kolko para afirmar que para Estados Unidos era una prioridad domeñar a Gran Bretaña y asumir el liderazgo de la economía mundial para conseguir que el capital estadounidense se introdujese en el Imperio británico y en los distintos imperios europeos. Asimismo se basa en el trabajo de Williams para ilustrar la ofensiva estadounidense en la posguerra, que combinó la apertura de los mercados europeos con la influencia sobre la vida

política en el continente. Sin embargo, presta especial atención a una cuestión específica que atañe a los conceptos relativos a la estrategia general articulada por los responsables de formular la política estadounidense, añadiendo así un nuevo punto de vista a nuestra comprensión de este periodo: ¿se trataba de una estrategia contrahegemónica, de equilibrio de poder exterior, o de una apuesta por la hegemonía en Asia? Layne demuestra claramente que Estados Unidos perseguía este último fin desde mucho antes de que comenzase la Guerra Fría. Así, Roosevelt afirmaba en los telegramas enviados a Churchill y Stalin en octubre de 1944: «En esta guerra global no existe absolutamente ninguna cuestión, militar o política, en la que Estados Unidos no esté interesado». En su misión en Moscú en 1945, Harry Hopkins insistió a Stalin en que Estados Unidos estaba legítimamente preocupado por la invasión de Polonia por parte de la Unión Soviética, puesto que «los intereses de Estados Unidos abarcan el mundo entero y no están confinados a Norteamérica y Sudamérica y al Océano Pacífico». George Marshall, jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra estadounidense, reiteraba: «Ya no resulta práctico continuar con aquello que habíamos concebido como defensa hemisférica en tanto que principio para nuestra seguridad. Ahora nos preocupa la paz en el mundo entero».

Una cuestión clave para el gobierno de Roosevelt era asegurarse de que las potencias de Europa occidental fueran incapaces de actuar sobre las «grandes cuestiones» de la política mundial en el periodo de posguerra. *The Peace of Illusions* muestra con detalle cómo este objetivo se centraba tanto en Gran Bretaña como en Alemania. En cuanto al control estadounidense de Oriente Próximo, Layne cita un informe de la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos) de 1944 en el que se expone cómo Estados Unidos tendría tres intereses de vital importancia en la región: «Petróleo, bases aéreas y mercados futuros». Estados Unidos se enfrentaría, pues, con un «problema de seguridad» en la zona: «Esto significa especial *seguridad respecto a nuestros actuales aliados*, casi la totalidad de los cuales tienen intereses en Oriente Próximo y en Oriente Medio, y que han mostrado su interés en mantenernos al margen». Una lectura cuidadosa de los informes internos nos muestra cómo la lucha de Washington contra la Unión Soviética se centró sobre todo en la insistencia en que Moscú aceptase el liderazgo estadounidense a escala global. Los siguientes capítulos nos muestran el modo en que Estados Unidos se esforzó para suprimir la política de potencia entre los otros principales Estados capitalistas, vinculándolos con alianzas hegemónicas en el marco de las cuales Washington retenía el poder de mando de sus actividades geopolíticas.

Aunque el análisis de Layne se reduce a las relaciones estadounidenses con Europa, el autor sostiene correctamente que ésta fue la relación central para Estados Unidos, así como el paradigma para explicar sus iniciativas en Asia Oriental. Su tratamiento de estos problemas es convincente, puesto que se apoya en una impresionante investigación de archivo acerca de los momentos históricos clave hasta la década de 1990. La concepción de Layne de la hegemonía no se refiere tanto a la cantidad de recursos movilizables desde

el poder, sino más bien a la autoridad política y al derecho de un Estado de ejercerla sobre las políticas de seguridad del resto, concepto que en la jerga política estadounidense se define como «primacía». A cambio, por supuesto, Estados Unidos se responsabilizó de proteger a sus aliados subordinados. Un enfoque alternativo podría haber supuesto alianzas con Estados soberanos armados; sin embargo, la estrategia estadounidense durante la Guerra Fría se dirigió más bien a encargarse de la seguridad de las dos potencias industriales más importantes del continente euroasiático: Alemania y Japón. La explicación de Layne resuelve de esta manera el puzle cognitivo que ha provocado la crisis de la tradición realista estadounidense una vez concluida la Guerra Fría: por qué Estados Unidos no retrocedió y trató de mantener, por el contrario —como señala nuestro autor—, su primacía, de acuerdo con la estrategia vigente tras la Segunda Guerra Mundial. Las maniobras de la Administración de Clinton en los Balcanes en la década de 1990 estaban centradas en garantizar la primacía en la esfera europea, saboteando los esfuerzos de la Unión Europea para adquirir autoridad independiente sobre la seguridad de la región, mientras simultáneamente servía a los intereses alemanes bajo la protección estadounidense.

The Peace of Illusions no es sólo una obra histórica, sino que contiene además un potente argumento político sobre la estrategia contemporánea de Estados Unidos. La ofensiva hegemónica estadounidense ha convertido el país en un Estado en el que la seguridad nacional ha cobrado una importancia desmedida, y que se ha dotado de una desmesurada industria militar, dado que los enormes recursos dedicados a la misma podrían haberse invertido en bienestar para su población. Esta ofensiva expansionista ha minado las instituciones estadounidenses, y ha fomentado el ascenso de la presidencia imperial y la erosión de los poderes del Congreso. Sobre todo, ha provocado la implicación en guerras de poca o ninguna importancia para Estados Unidos, como resultado concomitante de hacerse cargo de la seguridad de otros Estados. Este poderoso argumento es sin duda aplicable a Corea, Vietnam (incluso aunque en la década de 1950 pareciera de vital importancia para Japón el acceso a las materias primas del Sureste asiático) y Taiwan. Layne da otra vuelta de tuerca al señalar que las dudas razonables de los aliados sobre la intención de Estados Unidos de luchar por la seguridad de éstos cuando la suya no está directamente comprometida, obliga a Washington a tener que demostrar su compromiso con el fin de evitar una crisis de confianza. Precisamente porque Estados Unidos no quiere una guerra con Corea del Norte, cuyos misiles y quizá cabezas nucleares pueden amenazar a Japón, se ocupa de objetivos más sencillos (Afganistán, Iraq) para demostrar que tiene la intención y capacidad de enfrentarse con países como aquél. Sin embargo, en muchos casos estas guerras ejemplares resultan mucho más costosas de lo previsto.

Layne propone a continuación una política exterior alternativa para Estados Unidos de mucho mayor alcance de lo que la mayoría de los liberales toleraría. Estados Unidos debería retirarse de la OTAN y dejar que las potencias de la Unión Europea desarrollen su propio sistema de seguri-

dad; en Asia oriental debería abandonar sus compromisos con Taiwan, Japón y Corea del Sur. Estados Unidos mantendría acuerdos en ambos escenarios para asegurarse su influencia en los cambiantes equilibrios de poder multipolares que surgirían en cada uno de ellos, al tiempo que debería estar preparado para enfrentarse con la posibilidad de guerras entre superpotencias en ambas regiones, sin comprometerse en pararlas o unirse a ellas. Debería conservar una presencia naval en el Golfo y mantener abierto el estrecho de Ormuz, pero, por otra parte, retirarse de Oriente Próximo, donde la mayoría de los actores locales, como Irán, Arabia Saudí e Iraq, debe competir entre sí mientras Estados Unidos se retira, intervinendo sólo ocasionalmente.

¿Por qué esta modesta propuesta no podría ser cálidamente acogida en Estados Unidos? Layne explica el intransigente rechazo que encontraría cualquier estrategia de equilibrio de poder exterior de este tipo, analizando aquello que los realistas estadounidenses temen explorar, esto es, la política interior y la naturaleza social del Estado estadounidense. Recurriendo de nuevo al trabajo de Williams, Layne localiza el factor desencadenante del expansionismo hegemónico de Estados Unidos en el compromiso de las elites estadounidenses con la política de «puertas abiertas», es decir, con la apertura de otros Estados, tanto económica —es decir, la penetración de los bienes y el capital estadounidenses en los mismos—, como política e ideológica; esto es, la configuración de sus instituciones de acuerdo con las pautas democrático-capitalistas. Layne lo resume como una pretensión de exportación del «estilo de vida estadounidense», y durante buena parte de su libro propone tal explicación para comprender la estrategia de Estados Unidos. Pero esto es, sin lugar a dudas, confundir la causa y el efecto: la política de puertas abiertas en lo económico y en lo ideológico es el objetivo, no la causa, de la estrategia estadounidense; ella se suma a los objetivos hegemónicos militares y políticos que Layne define con tanta agudeza.

¿Cuál es el vínculo entre ambos? Layne no se encara con sus orígenes hasta las últimas páginas de *The Peace of Illusions*. Su propuesta es que las elites estadounidenses «son el Estado». Basándose en el perspicaz ensayo publicado por Ferguson en 1984, «From Normalcy to New Deal», acerca de la coalición empresarial que se formó alrededor de Roosevelt en la década de 1930 (de nuevo utilizando una fuente poco habitual incluso para un republicano inconformista), Layne analiza la composición social del Estado norteamericano: «En el centro [...] estaban las corporaciones que hacen un uso intensivo de capital que miraban hacia los mercados de ultramar y las inversiones bancarias en el exterior»; en torno a este núcleo se hallaban «los medios de comunicación, fundaciones de importancia, los bufetes de abogados de Wall Street, y organizaciones como el Consejo de Relaciones Exteriores». Esta coalición capitalista, que en su opinión ha sido la fuerza motriz de la estrategia de puertas abiertas y de hegemonía global durante las últimas seis décadas, continúa hoy en día en el poder y constituye una oposición enormemente poderosa a la alternativa radical de estrategia general que propone Layne. Tal como él mismo escribe:

A menos que se produzca un cambio intelectual radical, mientras la elite que dirige la política exterior permanezca en el poder, Estados Unidos seguirá atado a una estrategia general hegemónica. Probablemente un cambio en la estrategia general estadounidense exigirá un reajuste político interno de envergadura, que quizá pueda desencadenarse a partir de los reveses en el extranjero o ser producto de una severa crisis económica en el país.

Es una pena que esta atención a la estructura social como *deus ex machina* explicativo se introduzca únicamente al final de *The Peace of Illusions*, y no forme parte del análisis histórico a lo largo del texto. Sin duda alguna, el análisis poco claro de la relación entre política y mercados bajo el capitalismo no se limita a los realistas estadounidenses. Los liberales y los weberianos son proclives a ver la economía capitalista con una lógica propia, y a la política únicamente como una limitación externa. En este sentido resulta indispensable la aportación de Kolko sobre el papel fundamental de la actividad política del Estado en la planificación legal y administrativa encaminada a la actividad lucrativa capitalista. Su trabajo *Railroads and Regulation, 1877-1916* es un clarificador análisis sobre el modelo de gobierno estadounidense desde los días de la regulación de los ferrocarriles y la llamada *Progressive Era*, protagonizado por un grupo de hombres de negocios, abogados e inversores que participaban activamente en la actividad política. Desde el punto de vista de Kolko, no es que una lógica económica general o del capital dicte la forma legal e institucional de los mercados tanto en el país como en el extranjero, sino que más bien éstos se conforman a partir de los intereses particulares de capitales específicos, lo que a su vez requiere el ejercicio del poder político. Así, la extensión de las empresas estadounidenses en el extranjero está dirigida no por una lógica económica, sino por una lógica singular de poder social, cuyo objetivo es la reestructuración de los regímenes económicos e institucionales de otros centros capitalistas. La extensión de la hegemonía política de Estados Unidos es crucial para la consecución de este objetivo.

Dicho esto, el importante libro de Layne supone una contribución mayor a la comprensión de los aspectos clave de la política exterior estadounidense desde la década de 1940, así como una guía extremadamente útil para seguir los recientes debates en el seno de la escuela realista de relaciones internacionales. *The Peace of Illusions* constituye la más clara y sofisticada argumentación en pro de una alternativa radical a los últimos sesenta años de ortodoxia en torno a la estrategia general seguida por la política exterior estadounidense. Asimismo pone de manifiesto la fluidez de las etiquetas ideológicas en los nuevos debates sobre la dirección de la política estadounidense, lo que es en sí mismo un síntoma de la extendida desorientación que cunde entre los intelectuales acerca del papel político de su país en el mundo. En este sentido, el libro de Layne puede ser leído como un producto de la crisis del pensamiento realista estadounidense, cuyas poco ortodoxas conclusiones podría contribuir a profundizar, ya que rompe con el tradicional rechazo a discutir los objetivos políticos

y económicos de la estrategia estadounidense que, con la honorable excepción de los trabajos de Robert Gilpin, generalmente han sido considerados por los realistas casi como un tabú. Layne considera con acierto el movimiento hacia la apertura económica y el impulso hacia la primacía en la seguridad como dos caras de la misma moneda.

Sin embargo, aunque acogemos con interés su atención a la composición social real de la clase empresarial estadounidense, no podemos dejar de reconocer que está algo anticuada. El capitalismo estadounidense ha cambiado mucho desde la formación de la coalición del New Deal en los últimos años de la década de 1930. El declive de la base industrial nacional, la deslocalización industrial en otras regiones, sobre todo en Europa, el extraordinario crecimiento y alcance global de los servicios financieros, la importancia adquirida por la exportación de servicios empresariales y financieros: todos ellos son cambios que han estado acompañados por significativas fluctuaciones en la estructura social de la clase capitalista estadounidense, y por el restablecimiento de poderosos intereses rentistas. La exploración de las implicaciones de la estrategia general alternativa propuesta por Layne (retirada de Europa, Asia Oriental y Oriente Próximo) suscita interesantes cuestiones. En el seno de la clase empresarial estadounidense existen grandes colectivos conscientes de que sus fuentes de valor en el extranjero son directamente dependientes de la capacidad de Estados Unidos no sólo para reconfigurar las políticas económicas internas de otros Estados, sino para asegurar su apertura continuada. La capacidad de Estados Unidos para conseguirlo depende directamente de su papel como encargado de la seguridad de dichos Estados.

Tampoco puede afirmarse que esta división internacional del trabajo carezca de un correlato de poder, como podría pensarse a partir de la lectura de *The Peace of Illusions*. Se trata de una jerarquía estructurada verticalmente, tal como ha demostrado el comportamiento de la clase político-empresarial estadounidense cuando el capitalismo japonés parecía estar adquiriendo un predominio en los sectores estratégicos de la alta tecnología en la década de 1980. Sin el dominio de Washington sobre la seguridad militar y política japonesa, es dudoso que Estados Unidos hubiera podido transformar su economía política como lo ha hecho en los últimos 25 años; ésta es otra razón para que las elites estadounidenses sean conscientes del giro hacia una estrategia general de equilibrio de poder en el exterior.

¿Podría el precedente histórico británico ofrecer alguna posible enseñanza a los líderes capitalistas estadounidenses en un momento como éste? Incluso después de que su supremacía industrial fuese superada por Alemania y Estados Unidos, Gran Bretaña consiguió mantener su enorme influencia en el mundo capitalista limitando su proyección oceánica, y convirtiéndose en un gran centro financiero y en sede de inversores rentistas extranjeros. Además, el sacrificio industrial y militar incrementó en realidad la capacidad de Gran Bretaña para seguir siendo un líder de confianza en el sistema financiero y monetario internacional. Estados Unidos podría optar por una opción similar en

el siglo XIX, combinada, como en el caso británico, con la construcción de un restringido cordón de Estados proestadounidenses en la periferia y semiperiferia, como sistema de apoyo que no amenazase el desarrollo de otros centros capitalistas importantes en el campo de la seguridad. Layne no analiza las consecuencias sociales de este cambio hacia el equilibrio de poder exterior, que inevitablemente implicarían un vaciado de la base industrial estadounidense y una polarización entre los rentistas ricos y los demás. La válvula de escape victoriana, que consistió en exportar grandes cantidades de población a América del Norte y otros dominios, no sería viable en el mundo actual. Layne expresa su esperanza de que su estrategia devuelva las inversiones de capital estadounidense a la seguridad de la patria. Esto podría funcionar para el capital industrial y el sector servicios, si otras regiones cerrasen sus puertas; sin embargo, no es directamente aplicable a la clase de los capitalistas rentistas.

Otro interesante asunto que se plantea en *The Peace of Illusions* es la ansiedad de las elites estadounidenses provocada por la fragilidad del régimen capitalista nacional, sumado a la creencia de que su modelo debería extenderse por todo el mundo desarrollado con el fin de evitar que sea derrotado en casa. Aunque Layne cita multitud de pruebas de la existencia de estos temores, a primera vista parece extraño, puesto que si por «régimen interno» entendemos capitalismo o «Constitución», se trataría de una amenaza insignificante. Sin embargo, si entendemos el régimen interno en un sentido más limitado, estas preocupaciones podrían tener una base más seria. Es llamativa la hostilidad del sistema estadounidense hacia la idea de que el Estado deba ocuparse de obligaciones sociales relacionadas con el bienestar de sus ciudadanos, y de hecho existe una poderosa contraideología que sugiere que los estadounidenses deben aceptar las responsabilidades individuales sobre su suerte en el mercado. Esta ideología-pensamiento se enfrentó con un desafío en la década de 1930, cuyo legado permanece activo, como deja claro el permanente debate acerca de la Seguridad Social. Durante la Guerra Fría, la movilización anticomunista fue una manera de respaldar la oposición nacional a los experimentos redistributivos, y el Estado de guerra cuasi keynesiano fue un útil antídoto contra el Estado de bienestar. ¿Acaso un regreso a la estrategia general de equilibrio de poder exterior inspiraría nuevas demandas para redirigir el gasto público hacia objetivos acordes con un mayor gasto social? El «dividendo de paz» fue sin duda una esperanza (aunque no una realidad) en el periodo subsiguiente a la Guerra Fría.

Debemos agradecerle a Layne la reflexión acerca de las alternativas con las que Estados Unidos cuenta en la actualidad en el campo de la estrategia general. En cuanto a su segundo objetivo –revigorizar la influencia intelectual de la tradición realista mediante la reforma de sus principios analíticos centrales–, su obra es más probable que profundice la crisis del paradigma realista estadounidense que contribuya a superarla. Layne enfrenta a los realistas con más contradicciones aún, al convertir los axiomas más destacables de Waltz en hipótesis que el autor encuentra inaplicables a los Estados Unidos. Al urgirnos a contemplar al Estado norteamericano

como una formación dominada por la clase capitalista, tan preocupada por la expansión económica e ideológica como por la política de potencia, Layne añade otra nueva larga lista de problemas a la agenda realista.

El realismo nos deja planteados dos problemas pertinentes, uno analítico y otro ético-político. El analítico, en el que los realistas estadounidenses siempre han hecho hincapié, es el papel de la fuerza y la política de potencia en las relaciones internacionales. El gran mérito del realismo ha sido poner en primer plano la importancia de estas dimensiones, típicamente ocultas y mistificadas en los discursos oficiales de las potencias capitalistas liberales. La escuela realista nos ha enriquecido alumbrando conceptos útiles para la investigación de este fenómeno, pero no ha conseguido cimentar esta comprensión en una teoría más profunda de las determinaciones del poder político en el moderno sistema capitalista interestatal. Al polemizar con la estrategia general del Estado estadounidense, esta indeterminación queda terriblemente expuesta. Layne ha tenido la valentía de enfrentarse con este vacío y de buscar respuestas en ricas fuentes históricas: los oponentes menos ortodoxos que surgieron durante la debacle de Vietnam, y que produjeron un extraordinariamente fuerte cuerpo teórico acerca de la historia de las relaciones internacionales estadounidenses en la última parte del siglo XIX y durante el siglo XX. Es de esperar que se profundice en los vínculos establecidos entre estas escuelas históricas y los nuevos críticos realistas radicales en el marco de este segundo debate sobre las posibles alternativas de la política exterior estadounidense.

El otro legado del realismo estadounidense resulta, a primera vista, inesperado y poco predecible. Se trata de una especie de disposición política hacia un urgente replanteamiento de las operaciones político-militares de Estados Unidos en el exterior. De hecho, esto ha sido un tema recurrente en muchos de los escritos de esta escuela desde 1945. Kennan fue el más famoso ejemplo de esta orientación, que por otro lado también era evidente entre muchos realistas estadounidenses durante la guerra de Vietnam, y se convirtió en realmente estridente frente a los impulsos de cruzado del actual gobierno de Bush. Layne cierra el libro con la misma predilecta cita de Burke que abre la obra de Stephen Walt *Taming American Power* [2002]: «En justicia debo decir que temo nuestro propio poder y nuestra propia ambición; temo que nos teman demasiado».